LA CIUDAD DE LAS CIEN CARAS.

UN POCO PROVINCIANA Y TODO COMO ES, NUESTRA CAPITAL PRESENTA DISTINTOS ASPECTOS SEGUN LA HORA Y EL BARRIO.

(Reportaje indiscreto de Ramón Vasconcelos.)

Dos épocas.—

CUANDO la generación de la Gran Guerra dice que esta Habana no es la suya, la que conoció con 250.000 habitantes, más que alegre y más que confiada, no pretende establecer comparaciones discriminatorias—como ahora se parla—, sino enunciar un hecho que no admite dudas.

Nuestra Habana fué la ingenua del coche de piquera, la de las ardorosas discusiones por asuntos de pelota, la de los paseos de Carnaval interminables y ruinosos, la del Prado familiar sin leones y sin muros, la del néctar soda y los refrescos de cebada, la de las grandes sastrerías y las grandes elegancias masculinas, en fin, la limpia, risueña, acogedora Habana de 1918.

Ha pasado cerca de un cuarto de siglo. La población anda por el medio milloncejo en el casco de la ciudad. Hay barrios nuevos, inmensos edificios, un tránsito febril en tiempos normales, una estadística de mortalidad por accidentes que mete miedo y una evolución de las ideas que lo deja a uno a la cola al menor descuido.

En realidad, cuando se atraviesa La Habana confusa y descuidada, llena de melenas grasientas y *ensembles* que nunca parecen limpios—La Habana en mangas de camisa sucia—, con caras agrias, gestos barricadistas, pintarrajeada horrendamente con letreros de toda laya; cuando se atraviesa esta Habana, el que menos de nosotros se siente un poco forastero.

En vez de los restoranes espaciosos se encuentra una serie de pequeños bares y fuentes de soda; en vez de numerosas tiendas de lujo se tropieza con tenduchos de recortes que se disputan al marchante; en vez de los famosos helados le sirven unas pomadas frías de que están siempre ausentes el sabor y el perfume de las frutas tropicales, tan jugosas y sabrosas. Se dirá, en el argot de las tabaquerías: "Es el sermón de la media rueda". Perfectamente, pero conste que no reclamamos la permanencia absurda de una Habana que se caracteriza por su inquietud progresista; lo que pedimos es *habaneridad*, tradición habanera en el bien parecer de la calle, en el aseo y porte de sus vecinos—elogiados, el porte y el aseo, por uno de los tres primeros historiadores cubanos, hace siglos—, en la cortesía simpática que nos dió fama, en la amable contemplación de la vida, que fué una de nuestras peculiaridades.

Una vuelta en tranvía.—

Tomemos el tranvía. No invitamos al paseo en auto porque la gasolina está racionada. Ni en ómnibus porque ese espécimen de vehículo no se presta para la observación reposada. El tranvía eléctrico, lento si se le compara a la *guagua* vertiginosa, pero cómodo, fresco, seguro (advertencia: no cobramos el anuncio, ni siquiera con pases de favor), permite ir mirando las diversas fisonomías de la capital, catalogando su vecindario, cotejando las viñetas de su actividad diurna y nocturna.

Los habaneros nunca sabrán agradecerle a la naturaleza el encanto de la ciudad, que se debe más al mar abierto, al sol libre, a la brisa oportuna, que al esfuerzo de los hombres por sacarle todo el partido que su misma situación topográfica les brinda. ¿Por qué el Malecón no se puebla de cafés a pleno aire? ¿Por qué Carlos III no es un espléndido bulevar habanero? ¿Por qué la Alameda de Paula no se anima de noche con establecimientos distintos a los actuales?

Habrá un momento en que, desde el asiento del tranvía, nos haremos la ilusión de estar en un puerto colonial, o de esos en que se mezclan todos los géneros inmigratorios, todo el pasaje de tránsito, con fuertes olores de alcohol, tabaco, mercadería, grasa y carbón. Los rótulos en inglés, francés, hebreo, chino, hacen pensar en las rutas marítimas orientales.

El turista, medio despistado, medio desconfiado, empieza a buscar La Habana verdadera, que es por paradoja muy turística la falsa Habana, la fantástica Habana de las propagandas, con rumberas de traje vaporoso y chéveres de camisa de alforzas y pañolón anudado al cuello. Esa Habana alhambresca no existe. La otra, la resplandeciente de limpieza y famosa por el aspecto indumentario de sus multitudes, tampoco existe ya.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

La cara israelita.—

La Habana, a pesar de los pesares, sigue siendo la ciudad de los brazos abiertos. Recibe a todo el mundo, aloja a todo el mundo, no le pregunta a nadie a qué viene ni por qué se va, suele extender cartas de ciudadanía antes de que el barco haya echado el ancla, incorpora inclusive a quienes no desean injertarse en ella y es explotada con frecuencia por los mismos que intenta explotar de todos modos. Inventó el timo de la limosna y concluye generalmente por ser su única víctima.

Hay millares de hebreos en La Habana. Es un simple dato demográfico. Como los primeros eran polacos, con el tiempo polaco e israelita han venido a ser la misma cosa. Todo hebreo es un polaco para el habanero.

Aunque los hay de todas categorías, procedencias y culturas, avecindados en diferentes lugares, desde los más humildes hasta los más lujosos, el barrio polaco o hebreo por excelencia es el que se extiende de Muralla a Paula y San Isidro, de Egido a los muelles.

Pequeños comerciantes, zapateros, sastres, peluquerías, cines, puestos de refrescos, son hebreos. Y la humanidad que circula por ese rincón de La Habana Vieja habla, reacciona, piensa, vive en hebreo.

Tan pronto termine la guerra, unos regresarán a su país de origen, otros marcharán a los Estados Unidos, los más se quedarán definitivamente aquí, y sus hijos, ahora estudiantes, o ya médicos, abogados, industriales, serán profesores, magistrados, legisladores, banqueros, y vaciarán su aporte a la maqueta de la Cuba futura. Lo único que no harán será fundirse con los cubanos.

La cara asiática.—

Otro perfil habanero es el asiático. De Galiano a Lealtad y de Reina a San José se extiende, de salto en salto, la barriada china. El corazón chino está en Zanja. Almacenes, talleres, viviendas, fondas, periódicos, lengua, anuncios profesionales, sistema de vida, mentalidad, todo, es chino, o con más exactitud, cantonés. Mucha política, mucho hacinamiento. Peso exacto. En el barrio hay barberos chinos y cubanos, trenes de lavado cubanos y chinos, hospedajes administrados por chinos y administrados por cubanos, pero el sentido psicológico que predomina es el chino, porque "el cliente siempre tiene la razón" y la mayoría de la clientela es china. Hasta las cubanas y los cubanos que se mueven en esa zona son un poco chinos, parecen algo cantoneses.

La cara jamaiquina.—

En lo más apartado de La Habana antigua, apretada contra el muro, habita la colonia jamaiquina. No es muy numerosa ni desorganizada; es simplemente pobre, prolífica, tranquila. A ratos el jamaiquino es... un cubano, nacido allí, enjaulado por la miseria en una accesoria oscura.

En aquella parte no hay sino muy raros establecimientos. Se carece de cines. Hay sólo sirvientes, trabajadoras, buenas cocineras, albañiles especializados en placas monolíticas de concreto. No queda sitio para las diversiones.

Si les ocurre algo, ya se sabe: al Consulado británico. Y todo se resuelve.

La cara peninsular.—

Está tan vinculado a nuestro suelo el español, tan extendida su sangre, tan arraigado el concepto de que ésta es su segunda patria, que resultaría pueril fijar el límite que separa lo hispánico de lo cubano dentro de lo criollo.

Basten dos hechos para demostrar la imposibilidad de establecer diferenciaciones: casi no hay un cubano sin pariente español; casi toda la riqueza cubana... es española.

Otras caras de la ciudad.—

La ciudad tiene otras caras. La diurna, con sus mariposones posados en la Esquina del Pecado, sus riadas de empleados públicos por Obispo y de dependientes y dependientas por San Rafael, Neptuno, Monte, Belascoaín y Galiano, sus piramidales carretillas de frutas, sus vendedores de periódicos, sus limpiabotas, sus persistentes billeteros, sus ramos de flores artificiales, sus parejas de estudiantes, sus vidrieras llamativas, sus iglesias silentes, sus oficinas nerviosas. Y la nocturna, con sus cabarets de medio pelo o de pelo y medio, sus cafés "parados", sus terrazas al aire libre con orquestas de señoritas, sus quinielas y sus academias de baile, sus colas de aficionados al radio y sus noctámbulos impenitentes que van de un lado

DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

170

N 3

a otro perdiendo el tiempo para hacer tiempo, o se instalan en la playa, donde nunca falta el cornetín estridente ni el ron capitoso y pendenciero.

Queda otra Habana: La que se mueve alrededor del Mercado, semicampesina, semiurbana, que no pasa de los Cuatro Caminos, porque sus intereses, sus posibilidades, sus amigos y sus amigas andan por allí.

Queda aún otra, girando en torno de las estaciones de ómnibus interprovinciales, que llega en grupos, se reúne en grupos, y abre un paréntesis entre ambas operaciones que la imaginación puede llenar con las actividades que tenga a bien, pero que siempre son las mismas.

La cara sucia.—

Queda todavía la cara sucia de La Habana: los barrios de indigentes, "Las Yaguas", "Isla de Pinos", "Pan con Timba", "Llega y Pon", "La Cueva del Humo" y otros de nombre poco popularizado o anónimos, en que varios centenares de desclasificados de todas las edades, razas y sexos, rumian su miseria un día y otro, un mes y otro mes, sin que el resto de la ciudad los recuerde más que para convertirlos en objetos de censura política o en materia de epigramas y caricaturas.

Claro que no toda la indigencia es legítima. Existe la falsificada. Gente que se gana la vida fuera del barrio, incluso que cobra sueldo del Estado, se mete allí por tacañería, pusilanimidad o cierto complejo que crea la lucha por la vida en las voluntades endebles.

Se dan casos de individuos que quedaron cesantes, fueron acosados por el casero, por el bodeguero, por los menudos acreedores que tiene quien vive al día, y abrumados por su situación, cayeron en el foso de la indigencia y rodaron hasta el fondo, ya definitivamente "descivilizados", desarraigados de su ambiente. La iniciación en ese género de existencia está regida por pudores que crea el sentimiento del honor todavía vivo; lo demás lo hace una aclimatación paulatina al clima indigente, en que los escrúpulos son un lujo y el instinto de conservación se desarrolla hasta convertir el núcleo desarrapado y hambriento en larvario humano. Perder la vertical de la dignidad, he ahí el precio de la adaptación. El hombre se pone la máscara de las simulaciones y representa su papel en la gran comedia o gran tragedia de la indigencia. Y ya, en las madrigueras del ayuno perpetuo, en los cuchitriles del desaseo, lo mismo penetra el fetichismo que la prostitución, el crimen que el rayo de sol de una esperanza legítima.

En la entraña de esa Habana, uno se siente un poco forastero; pero se siente sobre todo bastante responsable. Sin embargo, la mira a cierta distancia, con egoísmo, atribuyendo a una crisis que no termina nunca lo que en el fondo es producto de la inhumanidad colectiva, de la negligencia oficial y de la imprudente avidez de quienes por dar el mínimo o no dar nada pueden perder el máximo o perderlo todo el día menos pensado. A La Habana hay que lavarle la cara física y moralmente.

Carteles Mayo 30/43

22/